



BUFFON.

Garnier freres. Editeurs.

...quieren lanzarse y orientarse en la vasta lección de Buffon, no encontrarán mejor guía ni más seductor que M. Flourens, el cual ha prestado un servicio á toda clase de lectores con su excelente...

...según los datos, inserta en la Biografía universal...

...de cada palabra tiene su peso y su...

...de una manera difícil, y por poca que quieran apreciarse...

...relacionadas en torno del gran nombre de Buffon, con...

...tambien el trabajo que le ha consagrado Geoffroy...

...Fragmentos biográficos) y lo que ha dicho su hijo y...

...M. Y. Geoffroy Saint-Hilaire en sus Consideraciones...

...la zoología.

...al escritor y al hombre, M. Villemain parece...

...en una de sus más bellas lecciones sobre la...

...Utilizaré todos estos recursos en lo...

...de Buffon.

...de los cuatro grandes hombres del si...

...en el día de su muerte.

...de 1707, y era por...

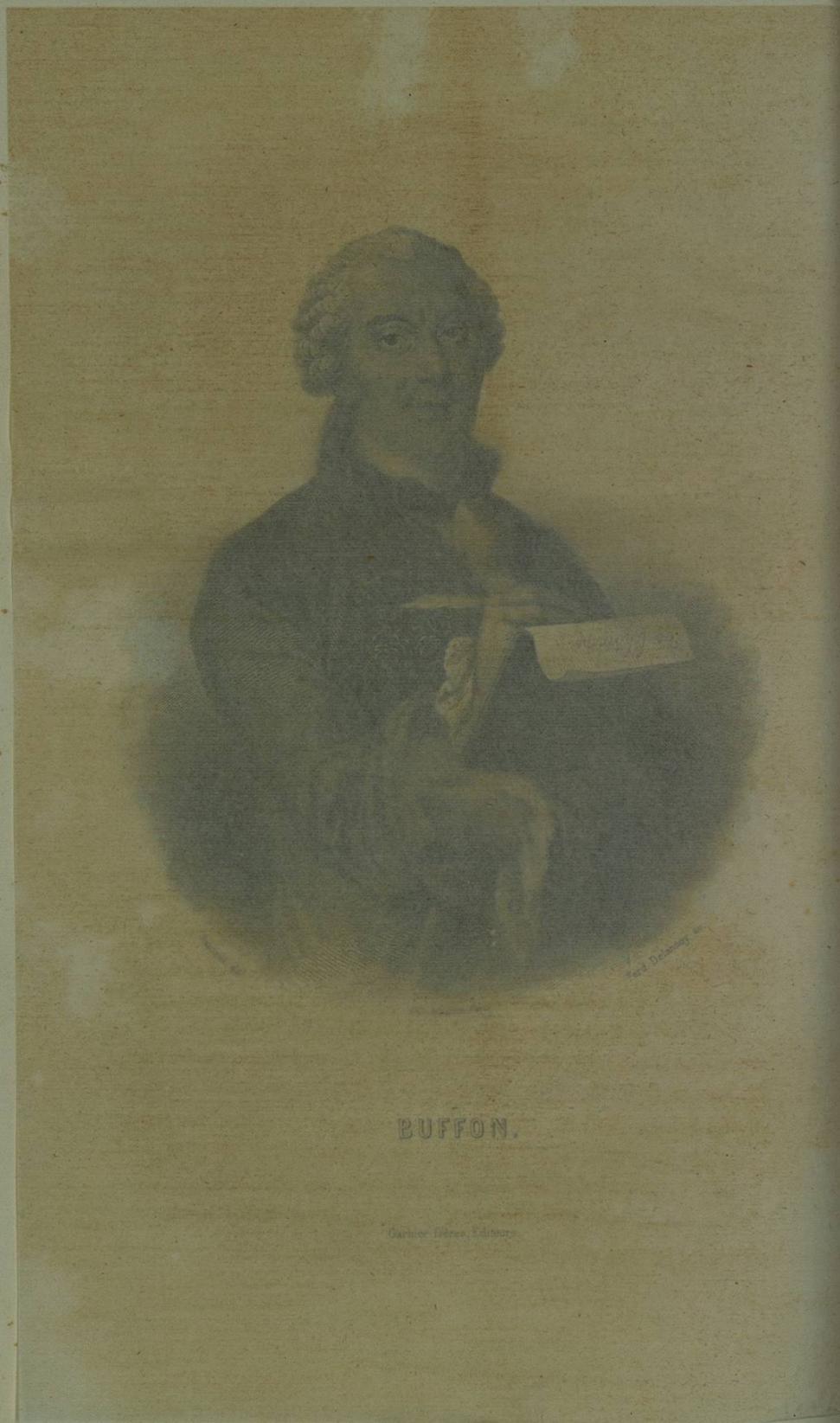
...que Jacobo Rousseau, trece...

...más joven que Mon...

...del parlamento de...

...Buffon sus estudios mostrando...

...La naturaleza le había dotado de



BUFFON

Los que sin ser sabios quieran lanzarse y orientarse en la vasta lectura de las obras de Buffon, no encontrarán mejor guía ni más seguro y preciso indicador que M. Flourens, el cual ha prestado un nuevo y grande servicio á toda clase de lectores con su excelente escrito.

El artículo *Buffon*, por Cuvier, inserto en la *Biografía universal*, tampoco debe omitirse. En él cada palabra tiene su peso y su medida.

Bajo un punto de vista diferente, y por poco que quieran apreciarse las cuestiones suscitadas en torno del gran nombre de Buffon, conviene estudiar tambien el trabajo que le ha consagrado Geoffroy Saint-Hilaire (*Fragmentos biográficos*) y lo que ha dicho su hijo y digno heredero M. Y. Geoffroy Saint-Hilaire en sus *Consideraciones históricas sobre la zoología*.

Respecto al estilo, al escritor y al hombre, M. Villemain parece haber agotado la materia en una de sus más bellas lecciones sobre la *Literatura del siglo decimotavo*. Utilizaré todos estos recursos en lo poco que aquí puedo decir de Buffon.

Buffon, el último desaparecido de los cuatro grandes hombres del siglo decimotavo, cerró el siglo, por decirlo así, en el día de su muerte. Había nacido en Montbar (Borgoña) en Setiembre de 1707, y era por consiguiente cinco años más viejo que Juan Jacobo Rousseau, trece años más joven que Voltaire y diez y ocho años más joven que Montesquieu. Su padre, M. Le Clerc, era consejero del parlamento de Dijon. En el colegio de Dijon hizo Buffon sus estudios mostrando desde luego notables disposiciones. La naturaleza le había dotado de

todas las ventajas: estatura, porte, fuerza y un ardor en todos sentidos que sólo dominaban la razón y la voluntad. « El cuerpo de un atleta y el alma de un sabio; » así le definía Voltaire en sus horas de justicia y de equidad.

Sin embargo, Buffon no se hizo sabio y filósofo por grados. Su juventud parece haber sido bastante fogosa; pero fuese cualquiera el empleo de sus noches, se hacía despertar á una hora fija para entregarse al estudio. La geometría le había ocupado con especialidad desde el colegio y se dedicaba á ella con tal celo que casi parecía su vocación. Desde la juventud llevaba su curiosidad en más ó ménos grado á todos los conocimientos: *No quería que otro pudiera entender lo que él no hubiera entendido*; esto le hubiera humillado como hombre, y tan noble orgullo, sostenido por una voluntad perseverante y secundado por una admirable inteligencia, le llevó al pináculo de las ciencias sublimes. La naturaleza puso el colmo á sus dotes dándole la elocuencia.

Mozo todavía hizo amistad con el ayo de un joven señor inglés que moraba en Dijon, y esta amistad fué causa de un viaje á Italia y otro á Inglaterra: estos fueron sus dos únicos viajes. Aquel hombre que había abrazado tantos espacios, tantas épocas, y descrito tanto, podía decir: « *He pasado cincuenta años en mi bufete.* » Buffon tenía la vista corta: era su único defecto físico. Por eso tal vez desarrolló tanto su facultad de verlo todo por los ojos del espíritu, de imaginarlo todo por una contemplación atenta.

Aquella primera amistad con un inglés fué muy útil á Buffon; le puso en condiciones de conocer todo lo que se había adelantado en el orden de las ciencias. Entró sin vacilar en la vía de Newton y en la de los grandes físicos de la misma escuela. Dos traducciones del inglés fueron los primeros escritos publicados por Buffon: la *Estadística de los vegetales*, de Hales (1735), y el *Método de las Series infinitas*, de Newton (1740). En el prefacio que puso á esta última traducción se expresa como hombre que dominaba el asunto y expone, de una manera clara y superior, las querellas á que había dado origen la invención del cálculo infinitesimal. En el prefacio de la traducción de Hales celebra el método experimental en física y se levanta contra los sistemas, hasta el punto de hacernos dudar si es él quien va á

construirlos tan hermosos: « El sistema de la naturaleza depende quizá, dice, de varios principios; estos principios nos son desconidos y no lo es ménos su combinación. ¿Cómo atreverse á desvelar estos misterios con la imaginación por solo guía? ¿Cómo olvidar que el efecto es el único medio de conocer la causa? Sólo á fuerza de experiencias razonadas y seguidas se obliga á la naturaleza á descubrir su secreto; los otros métodos no han dado resultado y los verdaderos físicos no pueden ménos de leer la mayor parte de los libros nuevos como quien lee novelas. Las colecciones de experiencias y de observaciones son los únicos libros que pueden aumentar nuestros conocimientos. »

Aquel Buffon primitivo, á la vez geómetra y hombre de experiencia, no prometía, no anunciaba siquiera lo que sería el segundo Buffon, generalizador muy atrevido y pronto á subordinar el hecho á la idea. Sabida es la respuesta que dió un día al químico Guyton de Morveau que quería pasar por el crisol un cuerpo á fin de comprobar un hecho deducido teóricamente por Buffon: « El mejor crisol es el ingenio, » respondió Buffon; cuando se trata de las obras de la naturaleza, la frase es bien atrevida.

Pero en Buffon había un genio que iba á desprenderse y á pedir á su vez satisfacción; el genio del pintor, del poeta, del que tiene necesidad de grandes horizontes. Al principio del tomo XII de su *Historia natural* confiesa con una especie de ingenuidad esta imperiosa necesidad de su naturaleza, que le impulsa á introducir en su Historia algunos Discursos generales en los que pueda ampliamente desenvolverse, tratando de la naturaleza en grande para consolarse de tantos detalles enojosos: « Volveremos despues á nuestros detalles con más ánimo, pues confieso que se necesita para ocuparse continuamente en pequeñas cosas, cuyo exámen exige la más fría paciencia no dejando nada al genio. »

Cuando dijo que el genio no es otra cosa que una grande aptitud á la aplicación y una mayor paciencia, se ve que Buffon no comprendía aquella paciencia fría que no tiene nada de común con el fuego sagrado. El genio de Buffon participa del poeta tanto como del filósofo; reúne ambos caracteres como se ha visto en las épocas primitivas. « Buffon hace más caso de Milton que de Newton, dijo madama Necker;

Milton, según él, poseía un espíritu mucho más extenso y es más difícil reunir ideas interesantes á todos los hombres que encontrar una que explique los fenómenos de la naturaleza. » Interpretando y reduciendo esta cita de la señora Necker, y sin admitir que haya habido un mortal colocado por Buffon más alto que Newton, cuyo retrato era el único ornamento de su gabinete de estudio, deduciré solamente que en el genio de Buffon había combinaciones y cuadros del género de los de Milton, cuadros y combinaciones que pugnaban por salir. Se ha dicho que participaba de Newton y de Descartes; yo pienso que de Newton y de Milton y que la parte sistemática tenía en él, sobre todo, el carácter poético más elevado.

En 1739 fué nombrado intendente del Jardín del Rey, no siendo aún conocido más que por las traducciones mencionadas y por algunas memorias. Entónces concibió el proyecto de sacar partido de su posición en el Jardín real y de hacerse historiador de la naturaleza. Tenía treinta y dos años.

El título de historia natural era muy vago entónces; lo era aún para el mismo Buffon que, abrazando el tema en toda su generalidad, quería precisarlo, pero no restringirlo. Al cabo de diez años de trabajos preliminares, con la colaboración de Daubenton para la parte descriptiva y anatómica, publicó en 1749 los tres primeros volúmenes en 4.º de su *Historia natural*. Su aparición fué uno de los acontecimientos del siglo. Desde aquel momento siguieron publicándose regular y sucesivamente los tomos de aquella historia monumental, en número de treinta y seis, hasta el fallecimiento de Buffon.

En la ejecución de sus trabajos tuvo varios colaboradores. Después de Daubenton le ayudaron M. Gueneau de Montbeillard y el abate Bexon. Pero las principales partes de la obra son del maestro. El volumen que contiene las *Épocas de la Naturaleza*, publicado en 1778, está considerado como la obra maestra de Buffon.

Durante los cincuenta años de trabajos la vida de Buffon es uniforme. Todos los años pasa algunos meses en París por exigencias de su posición y vuelve á Montbar donde se entrega al estudio. Vive aislado en medio de las agitaciones de su siglo. En la fuerza de su carácter, en su amor al estudio y á la gloria, encuentra elementos para resistir á las tentaciones y luchas que le rodean. Notad como todos

ceden y sucumben ménos él; digo todos porque me refiero á los más grandes. Voltaire vivió de combates y querellas; el pobre Juan Jacobo pasó veinte años refutando calumnias. Montesquieu mismo se defiende cuando se le ataca. Su *Espíritu de las Leyes* se publicó al mismo tiempo que los primeros tomos de Buffon, y cuando la Gaceta jansenista atacó vivamente las dos obras, (á Montesquieu más violentamente que á Buffon), aquel tomó la pluma; pero este no quiso imitarle. Con fecha 21 de Marzo de 1750 escribía Buffon á cierto amigo, aplaudiendo la defensa de Montesquieu; pero añadía: « Á pesar de este ejemplo yo obraré de diferente modo; creo que no responderé una palabra. Cada uno tiene su delicadeza de amor propio. La mía va hasta creer que ciertas gentes no pueden ofenderme (1). »

Tal fué constantemente la regla de conducta de Buffon, *dejar que la calumnia recaiga sobre ella misma*. Veinte años más tarde, en sus *Épocas de la Naturaleza*, decía sobre el mismo asunto: « Trátemos sin embargo de hacer la verdad palpable; aumentemos el número de las probabilidades; hagamos mayor la verosimilitud; agreguemos luces á las luces, reuniendo los hechos, acumulando las pruebas y dejándonos juzgar sin inquietud. Yo he pensado siempre que el escritor debe ocuparse únicamente de su tema, no de sí mismo, y que las críticas personales deben quedar sin respuesta ».

La misma dignidad personal preside á todos los actos de la vida de Buffon. No se deja extraviar ni distraer de la contemplación y descripción de la naturaleza, para lo cual es breve toda existencia humana. Veámosle en Montbar; pero no entremos allí, á semejanza de lo que hizo Herault-Séchelles, como un espía infiel y burlon; entremos, al contrario, con el sentimiento que lo hizo Juan Jacobo cuando pasó por Montbar en 1770. Rousseau quiso ver aquel gabinete de trabajo que se ha llamado *cuna de la historia natural* y se hincó de rodillas para besar el suelo. El pabellón de trabajo de Buffon estaba á la extremidad de sus jardines y en él se instalaba todos los días desde las seis de

(1) Carta al abate Le Blanc, en las Misceláneas de la sociedad de Bibliófilos, 1822 (*Mélanges de la Société des Bibliophiles*). — Los artículos de que se trata pueden leerse en las Noticias Eclesiásticas (*Nouvelles ecclésiastiques*), del 6 al 13 de Febrero de 1750. Esta hoja, que hemos llamado Gaceta jansenista, denunció á la Sorbona el libro de Buffon por su tendencia no cristiana.

la mañana. Allí, en una sala desnuda, delante de su mesa, meditaba y escribía. Nada de papeles, nada de libros revueltos y amontonados. La erudición, los papelotes, embarazaban al naturalista. Un tema profundamente meditado, la contemplación, la soledad y el silencio, eran su materia y sus instrumentos de trabajo. En otro gabinete ménos alto y ménos frío que el primero, donde también trabajaba, tenía el retrato de Newton, el gran intérprete de la naturaleza. Hume nos ha transmitido la impresión que Buffon le hizo, diciéndonos que su porte correspondía más bien al de un mariscal de Francia que al de un hombre de letras. En su fisonomía se reflejaban las más altas ideas. « Sus cejas negras sombreaban unos ojos negros y vivos que resaltaban más bajo su hermosa cabellera blanca. » La elevación, la calma, la dignidad, la conciencia de su fuerza, estaban impresas en toda su persona.

Un buen sentido grandioso reinaba en él y en lo que le rodeaba. « Buffon vivió absolutamente como un filósofo, ha dicho de él un juicioso observador (1); es justo sin ser generoso y toda su conducta se amolda á la razón. Gusta del orden y lo establece en todo ». Con tan perfecta justicia, con aquella bondad derivada de la regla y del temperamento, no cesaba de practicar el bien y le adoraban las gentes de Montbar.

Una actitud tan excepcional, tan imperturbable, tan constante, no podía ménos de provocar burlas. Buffon las encontró hasta en el campo de los filósofos. Voltaire intentó á veces morderle y ridiculizarle; pero se detenía por un sentimiento involuntario de respeto.

D'Alembert, ménos delicado que Voltaire y ménos poseído del sentimiento de lo bello, *se despachaba á su gusto*, como se dice vulgarmente, á costa de Buffon. No le gustaban su persona ni sus talentos; le apellidaba *el fabricante de frases, el gran urdidor de frases*; pero sin embargo le imitaba, le remedaba (porque D'Alembert tenía la triste habilidad de hacer el papel del mono). Informado Buffon tuvo lástima del gran geómetra y no se hizo cargo de sus burlas.

La publicación de los tres primeros tomos de la *Historia natural* (1749) hizo ruido y sensación. Se admiró primero, se cambió de parecer

(1) Mallet de Pan (*Mémoires et Correspondance*, 1851, tomo I, pág. 124 y siguientes).

en seguida. No fueron solamente los teólogos los que se retractaron de sus aplausos primeros, sino también los sabios. Tenemos las *Observaciones críticas* que dichos tres volúmenes hicieron escribir á Malesherbes. Buffon no estaba aún suficientemente preparado á los diez años de estudio para entrar en tan vasta materia. Los botánicos en particular pudieron encontrarle en flagrante delito de inexactitud y ligereza en las apreciaciones que hacía de los métodos de Lineo. Sabía poco de botánica. « Tengo la vista corta, decía; he aprendido tres veces la botánica y la he olvidado lo mismo; si yo poseyera buena vista no hubiera dado un paso sin adquirir conocimientos en este ramo ». Parece que, modelado en grande por la naturaleza, le costaba trabajo inclinarse á estudiar las cosas chicas. Contemplaba con placer el cedro del Líbano; el hisopo le parecía demasiado pequeño. Desconocía los insectos, decía mal de las abejas, aunque ya Reaumur había venido. Se necesitó de todas las gracias del pájaro-mosca para reconciliarlo con lo pequeño. Cuando habla de los animales, es siempre de animales más ó ménos análogos al hombre, de animales vertebrados de un orden superior. En su *Historia natural* empieza por no concebir otro método que el que consiste en tomar los seres según sus relaciones de proximidad y utilidad respecto al hombre. Imagina un hombre nuevo sin nociones de ninguna clase, en un campo donde se presentan á su vista, sucesivamente, los animales, los pájaros, los peces, las plantas y las piedras. Después de una primera revista distinguirá la materia animada de la inanimada, y en la animada propiamente dicha distinguirá la materia vegetal. Llegado á la gran división de materia *animal, vegetal y mineral*, conseguirá distinguir en el reino animal los animales que viven en la *tierra* de los que permanecen en el *agua* y de los que se elevan en el *aire*. « Pongámonos en el lugar de este hombre, continúa Buffon, ó supongamos que él tiene tanta experiencia como nosotros: llegará á juzgar de los objetos de la historia natural por las relaciones que tengan con él mismo; los más *necesarios* ó más *útiles* ocuparán el primer rango, dando la preferencia en el orden de los animales al caballo, al perro, al buey, *etcétera*. Después se cuidará de los que sin ser familiares ocupan los mismos lugares ó los mismos climas, como los ciervos, las liebres, etc. » En este orden que llama el más natural de todos y que es provisional, Buffon clasifica los ani-

males y seres de la naturaleza segun sus relaciones de utilidad con el hombre y no segun los caracteres esenciales que pueden acercar á los en apariencia más distantes. Para acabar con este capítulo que no es de nuestra competencia, diré que sólo despues de haber publicado varios volúmenes y de instruirse con la práctica y las descripciones auxiliares de Daubenton, llegó nuestro gran naturalista á formar clasificaciones más reales y más fundadas en la observacion comparada de los seres. Los hombres del oficio notan este progreso en su trabajo sobre las gacelas, publicado en 1764 (tomo XII) y especialmente en su nomenclatura de los monos (1766 y 1767, tomos XIV y XV).

Pero si este método científico de Buffon dejó que desear durante mucho tiempo al pequeño número de los peritos y observadores más adelantados, llamó la atencion de todo el mundo por sus grandes miras, las más grandes que puedan proponerse á la meditacion del físico filósofo. En un discurso sobre la teoría de la tierra, procura determinar previamente la estructura y formacion de este globo terrestre que es el teatro de la vida de los animales y de la vegetacion de las plantas; trata, segun los grandes hechos geológicos entónces conocidos, de fijar las revoluciones sucesivas desde el origen del globo hasta su estado de consistencia y composicion actual. Pasaba de aquí á ciertas conjeturales consideraciones sobre el nacimiento y la reproduccion de los seres animados. Al llegar al hombre, estas explicaciones de suyo tan difíciles están llenas de observaciones sensatas sobre las diversas edades de infancia, pubertad, virilidad y vejez, como igualmente sobre las adquisiciones y la esfera de accion de los sentidos. El tercer volumen se coronaba con el admirable trozo tan conocido, en que se supone al hombre tal como debia ser el primer dia de la creacion, despertándose nuevo para sí mismo y para todo lo que le rodea y refiriendo la historia de sus primeros pensamientos. Aquí es donde Buffon se convierte en émulo de Milton; es un Milton físico, ménos la religion y la adoracion. Más tarde Condillac, queriendo corregir á Buffon y convencerle de inexactitud, imaginó en su *Tratado de las Sensaciones* aquella singular estatua que él iba animando poco á poco, dándole primero uno, despues otro sentido. Buffon se reia mucho de aquella estatua helada é incolora, y cuéntase que cuando Condillac fué á pedirle su voto para la Academia francesa, le recibió alegre-

mente, le ofreció lo que queria y le dijo abrazándole : « Habéis hecho hablar á una estatua y yo al hombre; os abrazo porque todavía tenéis calor, pero, mi querido abate, vuestra famosa estatua no lo tiene. »

El cuarto volumen de la *Historia natural* salió en 1753. Fiel á su método, Buffon da en él la historia de los principales animales domésticos, el caballo, el asno, el buey, precediéndola un admirable *Discurso sobre la naturaleza de los animales* comparada con la del hombre. En este discurso muestra Buffon al bien sobreponiéndose generalmente al mal, como el placer al dolor, en la naturaleza física de cada sér. Lo que destruye el equilibrio en el hombre es su imaginacion que corrompe el bien, se anticipa al mal y á veces lo produce. Buffon no queria que el hombre se redujera á la dicha estúpida de los animales, pero queria elevarle por la razon á un estado de felicidad suprema. Quisiera convencernos de que « la felicidad está en nosotros mismos, de que el goce apacible de nuestra alma es nuestro único y verdadero bien. » Quisiera apartar al hombre de las pasiones insensatas que violentan la naturaleza y llevan consigo el enojo y el disgusto. Por su manera de hablar « del horrible hastío que no nos deja otro deseo que el de cesar de vivir », se ve que si su alma superior no padeció del mal de los Rousseau, de los Werther y de los futuros René, no por eso lo desconocia. « Entre este estado de ilusion y de tinieblas, dice, quisiéramos cambiar hasta la naturaleza de nuestra alma; se nos ha dado sólo para conocer y no quisiéramos emplearla sino en sentir. » El verdadero sabio, segun él, es el que sabe dominar estas falsas pretensiones y estos falsos deseos : « Contento de su estado, no quiere ser sino lo que siempre ha sido ni vivir sino como ha vivido; bastándose á sí mismo necesita muy poco de los demas; ocupado continuamente en ejercitar las facultades de su alma, perfecciona su entendimiento, cultiva su ingenio, adquiere nuevos conocimientos y se satisface sin remordimientos en todos los instantes, gozando de todo el universo al gozar de sí mismo. Tal hombre será sin duda el sér más feliz de la naturaleza. » Dadle un estímulo más, dadle la gloria, « ese móvil potente de las grandes almas », haced que se la proponga como brillante objetivo que le atraiga sin turbarle, y tendréis... á Buffon mismo. Buffon, que para